

JOSÉ F. A. OLIVER

UN POETA ANDALUZ EN ALEMÁN

MARIO MARTÍN GIJÓN

En los años sesenta y setenta, miles de españoles, sobre todo andaluces, extremeños y gallegos, emigraron a la República Federal Alemana, que en su frenesí industrial era ya la locomotora de Europa, cicatrizadas las heridas económicas de la guerra gracias a los dólares del Plan Marshall y cubiertos otro tipo de cicatrices con un piadoso bálsamo de olvido sobre crímenes y responsabilidades. A aquella Alemania llegaban por miles turcos, polacos, italianos y españoles, acogidos bajo el concepto de *Gastarbeiter*, es decir, trabajadores invitados, como si de una fiesta o un banquete se tratara.

Al contrario que los turcos, la mayoría de los españoles regresaron, chapurreando algo de alemán y con algunos ahorros en el bolsillo; algunos, también, con una mayor conciencia política. Pero no pocos se quedaron, muchas veces entre ellos. En Hanover hay un barrio español, en Fráncfort una feria gallega, y en cualquier ciudad bares de tapas donde trabajan españoles, sean de los llegados entonces o de emigraciones posteriores. De esos que se quedaron nació una generación, menos conocida, de hijos de españoles nacidos en Alemania, que formaron su identidad entre el país donde nacieron y aquel del que les hablaban sus padres. Un conflicto irresoluble, pero de gran riqueza creativa para quien no quiera renunciar a ninguna de esas dos patrias.

Seguramente nadie haya expresado mejor esa doble pertenencia que el poeta José Francisco Agüera Oliver, más conocido como José F.A. Oliver (1961), que nació hace ahora sesenta años en Hausach, población de unos cinco mil habitantes en plena Selva Negra, y donde sus padres, Francisco Agüera González y Francisca Clotilde Oliver Domínguez, habían llegado desde Málaga el año anterior. Venían ambos de familias marcadas por la represión franquista, con unos abuelos ejecutados sumariamente por los falangistas y un tío-abuelo exiliado en Francia.



Imagen reciente del autor.

Después de José, el primogénito, vendrían otros tres hijos, lo cual anclaría a Francisco y Francisca en Alemania, pese a sus planes iniciales. El hecho de que esa emigración fuera bastante temprana, con uno de los primeros contingentes de trabajadores llegados tras el acuerdo entre España y la República Federal, así como la circunstancia de que los Oliver se asentaran no en una gran ciudad, sino en una pequeña localidad del próspero estado de Baden-Wurtemberg, hizo que José se zambullera desde el principio en la lengua alemana como medio de comunicación fuera de casa, criándose en un bilingüismo por el cual no solo aprendió el alemán de la escuela, sino también el dialecto suabo o alemánico, como si tuviera a sus espaldas generaciones de antepasados de esa región del su-



José F.A. Oliver con Rafael Alberti.

roeste alemán de la que surgieron Hölderlin o Heidegger. Mientras, en casa, el niño se comunicaba en español con acento de Málaga, educando así su oído entre el habla andaluza de sus padres y el alemán dialectal de sus amigos. Y, como recordará en su poema «Identidad nacional», por ser hijo de padres españoles, oficialmente no será alemán, sino que tendrá un paradójico pasaporte español «producido en Alemania / importado desde España»¹.

Así, a pesar de que recibiera su formación en alemán, para Oliver, desde el principio, su personalidad vino marcada por la dualidad entre el lugar en el que había nacido y del que procedía, entre la lengua que hablaba fuera y dentro de casa, de modo que intentó ver esa alternancia como «un juego entre dos pisos en la casa que vivíamos. En el primer piso se hablaba el suabo, es decir, casi-alemán; y, en el segundo reinaba lo que podríamos nombrar el alma y espíritu andaluz, o sea, una manera de ser, como decía Alberti». En un ensayo reciente, titulado «Patria. A prueba de heridas», recuerda cómo ya en su infancia lo inquietaron las diferentes percepciones según la lengua utilizada. Su primera experiencia de la muerte, cuando de niño vio cómo sacaban del río a una mujer ahogada, estuvo unida a la perplejidad por la gramática, dado que en alemán la muerte tiene género masculino (*der Tod*), imaginándose como un severo visitante inevitable que llama a la puerta, mientras que en español le hacía pensar en una

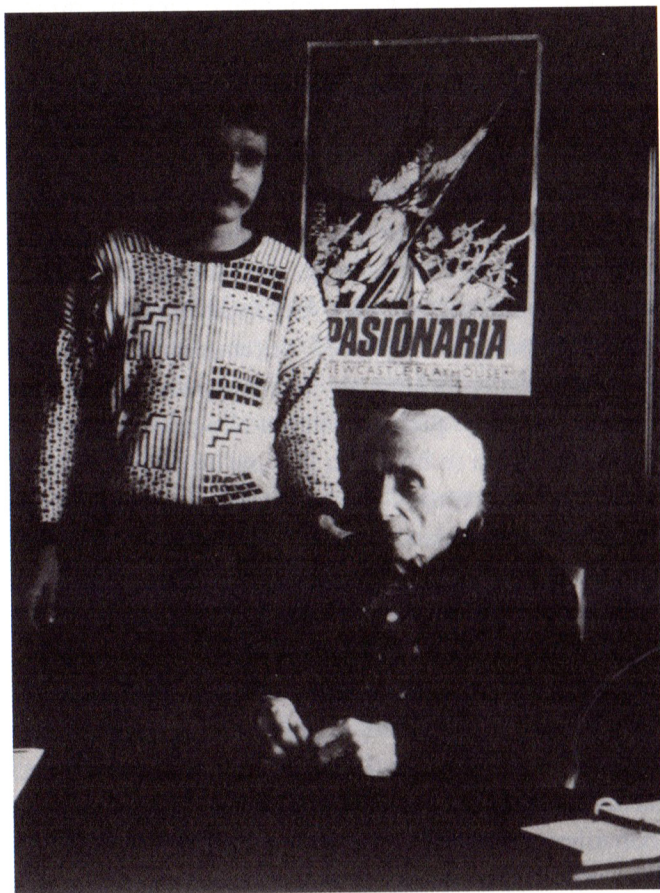
¹ Las traducciones del alemán son mías.

«sensual dama con mantilla». También, desde muy pronto, le chocaban otros contrastes como el de que la luna sea femenina en español, mientras en alemán tiene género masculino (*der Mond*). Ya de niño, lavándose con jabón Heno de Pravia, que detestaba, y vistiéndose diferente a sus amigos del colegio, se sentía «alemán y sin embargo no alemán. Español pero en realidad no español. En movimiento: yo. En medio: conscientemente».

La comparación continua entre las formas de decir en una y otra lengua, que profundizará cuando inicie sus estudios de filología románica y germánica en la Universidad de Friburgo, marcará desde el principio su sorprendente manejo del alemán como su lengua de escritura. Como reconocerá retrospectivamente, «tenía que saber español para comprender el alemán», y será esa dualidad, esa escisión, la que marque su dominio de la lengua, extremadamente consciente de sus posibilidades para escindir y decidir significados. Así, desde su poemario inicial, *Auf-Bruch* [*Sal-ida*] (1987) se tematiza la fractura en la identidad y en el lenguaje, la «extranjería» que lo condicionó desde pequeño, como en el poema «Yo era un niño» que evoca su búsqueda de «una casa / sin excusas / un hogar / sin temor / una bienvenida / sin rogar / una mañana / sin silencio / un día / sin huida / una tarde / sin adiós» y recuerda cómo se dormía soñando en cómo «dulcemente / acariciaba el mar / solo para mí / sobre guitarras andaluzas». En poemas como «Nosotros» asume una identidad inmigrante que se rebela contra los prejuicios xenófobos de quienes exigen una integración sin paliativos. No en vano, *Auf-Bruch* es prologado por el poeta sirio-alemán Rafik Schami, y Oliver mantendrá amistad con él y otros poetas de origen inmigrante, como el búlgaro Ilija Trojanow. Frente a los nacionalismos y las exigencias de pertenencia unilateral, el poeta reivindica la nostalgia de los desplazados, como en su poema «Madre», donde imagina «una casa / de colores andaluces / aquí, en el claro del bosque nevado» o los «sueños andaluces / en el mercadillo de los recuerdos» que dan consuelo en «Asilo». Y en el poema que da título al libro aparecen por primera vez los versos españoles intercalados entre los alemanes, como cuando habla de «ein lautloses Lied in den Rhythmus / de manos que tiemblan».

Oliver ya había visitado en varias ocasiones el país de sus orígenes, España, y no solo para conocer a familiares, sino también a familiares en espíritu. Con la impulsividad de un joven de 23 años, llamó a la puerta de la casa

de Rafael Alberti en la calle Princesa de Madrid. El poeta gaditano se resistió primero a abrirle, aunque finalmente cedió ante su terquedad, sobre todo cuando, con la puerta entreabierta, le preguntó «¿tú eres poeta?» y ante la respuesta afirmativa de Oliver, aprobó: «Eso está muy bien». También visitó Oliver a Dolores Ibárruri, la Pasionaria, personalidad mítica para la emigración española y cuyo regreso, al igual que el de Alberti, había sido un hito de la Transición.



José F.A. Oliver con la Pasionaria.

Desde esa doble pertenencia hispano-alemana, la identidad nacional se sigue poniendo en cuestión en *Heimatt und andere fossile Träume* [Patria lánguida y otros sueños fósiles] (1989). Frente a ese amigo que le dice que ser alemán «significa / sentir a Goethe dentro de ti», Oliver, que demuestra su arraigo incluyendo poemas en dialecto suabo, se distancia del clasicismo altivo del autor de *Fausto* pues, como afirma en «Fluida separación», poema en diez secuencias, los versos surgen también en las estaciones de tren o en un puesto de comida turca. También en este poemario aparece ya la triada de poetas español-

les que serán más influyentes en su poesía: Antonio Machado, Rafael Alberti y, sobre todo, Federico García Lorca. Pero también aparece Octavio Paz, al que se le dedica el extenso poema «Laberinto de la soledad II». La experiencia de Hispanoamérica agudizará la conciencia social de Oliver y el mensaje de denuncia ya presente en algunos poemas de este libro y más aún en *Unser Vater in Lima* [Padrenuestro en Lima] (1991). Durante más de diez años José Oliver trabajará como cooperante y pasará temporadas en los «pueblos jóvenes» como se llama eufemísticamente a los barrios de chabolas a las afueras de Lima, donde, dentro de proyectos de la Juventud Obrera Cristiana y otras organizaciones solidarias, Oliver ayudará a la construcción de escuelas y otras infraestructuras básicas.

Los viajes, cada vez más frecuentes y prolongados, lo harán al regresar a Alemania si cabe más consciente de ese carácter de «vivir de prestado» que tiene no solo el inmigrante sino, por las leyes alemanas, también el hijo de inmigrantes. «Cómo uno se ve forzado / a crecer en Alemania, / cuando nació en este país / pero no pertenece a él», según describe en *Gastling* [Huésped extranjero] (1993), que el autor considera quizás su poemario más importante y donde, sobre todo en el largo poema «en el esqueleto de un día», muestra su espanto y su temor, como dice el estribillo, a «una muerte como Auschwitz de nuevo» ante los disturbios xenófobos de Hoyerswerda, Hünxe o Mülln, donde grupos de extrema derecha incendiaron varios albergues de refugiados, o ante el brutal asesinato del angoleño Amadeu Antonio por los neonazis. Su consternación se transmite en un verso libre agitado por quiebros sintácticos, reiteraciones, imprecaciones en español, y la imagen consoladora de la bandera verde y blanca andaluza, tan inocente frente a otras enseñas, pero en otros poemas, como «veinte de julio», recuerda la resistencia contra el régimen nazi del grupo juvenil de la Rosa Blanca que «irrumpió inesperado / confundido como un número / llama un extranjero a la puerta / para defenderse». Con todo, su poesía se funda en la esperanza de «reconciliar la cruz del norte con la del sur» y el amor a una Alemania diversa y multicultural había quedado claro en su poemario *Weil ich dieses Land liebe* [Porque amo a este país], publicado en 1991. Ciertamente que en su cabeza hay siempre un diálogo, un contrapunto entre dos lenguas, música alemana con instrumentos españoles, y viceversa. De su inmersión en la tradición lírica española, y del calado que tendrá en su obra la reflexión sobre la poética de García Lorca, dará fe su libro *Ballade vom Duende* (1997), es-



Dando clase de poesía, con Angela Merkel entre los alumnos.

crita en tres variaciones: en castellano, alemán y dialecto alemánico. Bajo el título de *Balada del duende*, será publicada un año después por la editorial mexicana El Tucán de Virginia, libro que presentará por todo el subcontinente, de México hasta Buenos Aires, pasando por Caracas o São Paulo. La poética de Rafael Alberti, por su parte, le inspirará, a este poeta nacido tierra adentro, pero de padres mediterráneos, su libro *Austernfischer, Marinero, Vogelfrau: Liebesgedichte und andere Miniaturen* [Pescador de ostras, marinero, mujer pájaro. Poemas de amor y otras miniaturas], editado en 1997.

En ese mismo año, Oliver fue el primer y hasta ahora único autor de origen hispano en recibir el Premio Adelbert von Chamisso, que, recordando al poeta romántico alemán de origen francés, se concede cada año en la Feria del Libro de Fráncfort a un escritor en alemán cuyo lengua materna no sea el alemán. El jurado valoró su uso osado e inconfundible de una lengua de la que se apropia y «cuyas posibilidades pone a prueba hasta el límite». Años después seguirían otros galardones, como el Premio Cultural de Baden-Wurtemberg, en 2007, el premio Thaddäus-Toll, en 2009, o el Premio de Poesía de la Ciudad de Basilea, en 2017, entre otros.

Su reconocimiento como poeta coincidirá con un doble movimiento, de arraigo por una parte, de viajes incasantes por otra. Para Oliver, su pueblo, Hausach, es lugar de arraigo pero también campamento base hacia los cua-

tro puntos cardinales, en viajes que suelen dejar un rastro poético propio y fechado, una textura o «text:uhr» como dice en un juego de palabras intraducible (*Uhr* es «hora»). En 1997, además, José Oliver funda el festival de literatura Lese-Lenz, que se sigue celebrando anualmente, cada vez con un lema, y el año que viene cumplirá un cuarto de siglo. Si en su primera edición contó con tres poetas invitados, en las últimas ha tenido medio centenar de participantes, autores sobre todo de lengua alemana, pero también de otras tan lejanas como el árabe, con el sirio Adonis o el marroquí Mohammed Bennis, o con la mexicana Rocío Cerón, la nigeriana Ngozi Adichie o el irlandés Colum McCann, por mencionar algunos invitados recientes. En cuanto a la asistencia, se calcula en unas cuatro mil o cinco mil personas, prácticamente toda la localidad, que se vuelca con el evento. Con esa faceta de difusión cultural enlaza su colaboración con la Literaturhaus de Stuttgart para desarrollar talleres de escritura, con el fin de fomentar la lectura poética entre niños y jóvenes, desde la escuela primaria a los institutos de secundaria.

El nuevo milenio se abre para Oliver con *fernlautmetz* [saborsonidolejano] marcando una pronunciada tendencia a la invención de neologismos que muestran la conciencia extrema y a la vez el juego con la lengua que ha hecho emparentar a algunos estudiosos su obra lírica con la de Paul Celan, con la que muestra una notable afinidad. En ese libro, ciclo de veinte largos poemas, la apertura y el



Distintos libros de José F.A. Oliver.

cierre tienen como telón de fondo la Selva Negra y esos senderos del bosque donde gustaba de perderse Heidegger y por donde también gusta de caminar José Oliver, a la caza, no del faisán o el urogallo, sino de una palabra nunca antes escuchada, inaudita como «luz de arena frondosa». Pero como quien, de vuelta a casa, siente sobre sí la avalancha de recuerdos de viajes que antes no ha podido procesar, enmarcados en esa luz se sitúan diecisiete notas de viaje, síntesis líricas de ciudades tan diversas como Bogotá, La Paz, Ciudad de México o La Habana, testimonio de sus complejos itinerarios internacionales en esos años. Como explicaba hace poco en una entrevista, Oliver parte del «apunte» (*Notiz*) apresurado para recoger la inspiración, se encamina a la *Verdichtung*, término que puede traducirse tanto por «condensación» como por «poetización», para terminar en el poema (*Gedicht*).

Comentando este ciclo, el poeta y crítico Joachim Sartorius, declaraba que «hay poesía mental, hay poemas sobre el cuerpo, hay poemas con los ojos. Si tuviera que definir la poesía de Oliver, diría que dibuja el mundo a través del origen sonoro de las palabras y luego, en segundo lugar, a través de los ojos». También el célebre germanista Harald Weinrich apreció como era la suya una poesía arraigada en la lengua alemana pero que a la vez la

socava y reinventa mediante neologismos, ofreciendo dobles significados mediante las mayúsculas o la puntuación (un ejemplo recurrente, «w:ort»: *Wort* es palabra, *Ort* es lugar), en unos poemas que, como apunta el título de su siguiente poemario de 2002, son *nachtrandspuren* [huellas al borde de la noche], huellas que son «versos con la fiebre del nómada», y que con la musicalidad apropiada para ser recitados por «labios peregrinos» nos llevan por países tan distintos como Australia, Croacia o Canadá. Viajes relacionados con su labor como cooperante o por participación en festivales poéticos, y también estancias más largas, como la de 2002 como escritor residente en el MIT de Estados Unidos, o en el 2004 como *poeta laureatus* en El Cairo.

Otra estancia en un país tan distinto como Finlandia propició la escritura de *finnischer wintervorrat* [provisión de invierno finlandesa] (2006). En el libro, *tour de force* formal, coexisten los poemas desbordados y desbordantes, con miniaturas con sabor de greguería, como en «cuadratura del silencio»: «1 lector de periódico / el tranvía sigiloso / 1 piedra en el zapato / las manos de mariposa del mendigo». O su sintética y lúdica definición, o receta, de «poesía»: «propulsor de arce. Añádase una pizca de vuelo y de perder el aliento». En otro tono escribe su «lugar del poeta III», dedicado a la escritora Elisabeth Borchers: «a la primera gota de lluvia / cayó la última palabra // y desnudo en mi mano / estaba el puro decir». También hay algunos poemas que hacen calas en lo biográfico, con nostalgia e ironía, afirmando que «en cada historia el ostensorio paterno el altar materno / y cada poema es un envejecer».

Lo biográfico, con todo, se hará más explícito en sus textos en prosa. Con ya casi una docena de poemarios publicados, en 2007, Oliver publica un libro de ensayos, *Mein andalusisches Schwarzwaldorf* [Mi pueblo andaluz en la Selva Negra], donde, acompañado de fotografías familiares, pasa revista tanto al arraigo a «mi Hausach» (que llama «AchHaus», algo así como «ah, mi casa», igual que lúdicamente habla del «waldSchwarz, el «negro de selva», en lugar de la Selva Negra), con sus previsibles ritmos rurales quebrados una vez al año por su excéntrico carnaval, como a su infancia como niño que no se sentía ni del todo español ni del todo alemán, o a la trágica historia de su familia durante la guerra civil que él prefiere llamar «guerra entre hermanos» (*Bruderkrieg*, en lugar de *Bürgerkrieg*). Pese a lo distinto, en apariencia, del

carácter andaluz, él reconoce en el suroeste de Alemania, «un acento humano que comprendo, aunque no pueda explicarlo, porque pertenezco también a él». En «palabradentro, palabrafuera», evoca la llegada de su padre, en diciembre de 1960, tras un larguísimo viaje ferroviario con cuatro transbordos (Málaga-Madrid-París-Kiel-Offenburg-Hausach), bajando del vagón y dejando las huellas sobre la nieve, en sus primeros pasos sobre suelo alemán y los juegos de infancia, integrado en una sociedad y una lengua que veía siempre desde la alteridad de su origen, como «conocedor de las reglas patrias del juego, pero a la vez estando fuera, por más que cada vez me adentrara más en él».

También el padre, que moriría con solo 61 años, es protagonista de «En casa río desemboca un mar», evocación retrospectiva de un hombre que solo tenía 26 años al llegar a Alemania, junto a otras treinta familias de andaluces, joven pero ya conformado en cuanto a formas y dichos, con refranes que se quedaban marcados en la tierna mente de su hijo, como su preferido, «el buen entendedor pocas palabras bastan», como quedaban también los piropos o chistes con que salpicaba su conversación. De él reconoce haber aprendido José Oliver lo que era «el duende» que luego reconoció en Lorca o Alberti, e identificarse con lo andaluz como una manera de estar en el mundo.

Francisco Agüera González había vuelto a Málaga para morir. Su memoria está siempre muy presente en la poesía de su hijo, que lo perdió con una edad cercana a la que aquel tenía cuando llegó a Alemania, y que vuelve sobre su recuerdo en poemas como «la muerte», que la familia incluyó como epitafio en la sepultura del padre, en el cementerio de Málaga, o en «milano negro», publicado recientemente en la prestigiosa «antología de Fráncfort», seleccionada por el *Frankfurter Allgemeine Zeitung*, y que dialoga con el poema «El águila» de Hölderlin, cuyo primer verso cita como arranque: «mi padre emigró, por el Gotardo / no y sin embargo / mintieron sus manos de trabajador / bajo la nieve extranjera. Dijo: / hace frío mintieron más frío y años más tarde / perdió también su lengua / en el hielo artificial de la emigración / mirándose unos a otros (ningunotro) / él y sus manos y la pregunta silenciada / ¿hacia dónde permanecemos? Después / vino la muerte y allí / lo encontrarás: aquí».

Partiendo del distinto género del «mar», femenino o masculino en español según hablen gentes del litoral o del



Sepultura de Francisco Agüera González, con epitafio de su hijo.

interior, y el neutro en alemán, Oliver desarrolla cómo «la percepción paralela de dos lenguas hace que experimente las cosas y sus relaciones continuamente desde perspectivas distintas». Sobre esas perspectivas se imponen las de lenguas tan distintas como el finés, el rumano, el lituano o el polaco, durante distintas estancias en esos países que dejan su rastro en sus poemas.

También los viajes marcan su poemario *fahrtenschreiber* (tacógrafo) (2010) que utiliza esa imagen del mundo del transporte para dar cuenta de varios trayectos, entre los que destaca el que lo lleva a Ucrania y la casa natal de Celan en Czernowitz, poeta con el que mantiene una cierta hermandad espiritual con llamativas coincidencias, como haber estado casados ambos con mujeres del mismo nombre (Gisèle y Gisela). De hecho, es el poema «Czernowitz» el que abre el poemario, y cómo pequeños objetos en la casa natal de Celan le hacen pensar a él en su infancia: «un par de zapatos en la garganta / mi lugar natal / un atlas / que permanece».

No extraña que la obra de Oliver haya sido considerada por Ottmar Ette como un ejemplo paradigmático de esas «literaturas sin residencia fija» que el romanista alemán considera características de la globalización. Y no es casualidad que otro de sus últimos libros, *21 poemas desde Estambul, 4 cartas y 10 fotopalabras* (2016) surja de una larga estancia en esa metrópoli de casi veinte

millones de habitantes, tan colmada de historia (Bizancio, Constantinopla), bisagra entre Asia y Europa y ciudad cuyo secular carácter cosmopolita sufre los embates de la deriva islamista del gobierno. Los últimos diez textos del libro dialogan con fotografías que nos hacen atisbar la inacabable riqueza para los sentidos de esta urbe milenaria, que Oliver recorre con afecto e ironía a veces, como en su poema en prosa «Vigilante de las biografías olvidadas», donde describe el inextricable mercadillo donde se venden desde carteles de películas de los 70 a objetos del Imperio Otomano. «Descubrí maletas llenas de fotos. Postales, cartas. Álbumes desencuadernados, personas quitadas de en medio. 1 lira por pieza. A veces duermen gatos sobre este pasado. Como si vigilaran sobre biografías olvidadas y prohibieran hurgar en las historias que se perdieron». Este diálogo entre imagen y texto es sintomático, pues en los últimos años, Oliver ha profundizado en el diálogo con otras artes: así, en colaboración con distintos músicos ha grabado tres discos con sus poemas, y ha participado en acciones conjuntas con varios artistas, como Rebecca Horn. Recientemente se ha publicado en Estados Unidos *Sandscript. Selected poetry (1987-2018)* una amplia antología que recoge, en traducción inglesa por Marc James Mueller, la trayectoria de tres décadas de escritura.

En su último poemario, *wundgewähr (a prueba de heridas, 2018)*, Oliver alcanza, gracias al uso libérrimo de una lengua que es su alemán tan propio como particular, pero que recurre cada vez más a los intertextos españoles, la demostración más evidente de las virtudes del nómada frente a los custodios de una tradición más basada en mitos y banderas que en actos creativos. En el magma alemán surgen versos en inglés o en español, como en «poema, insistiendo en la perplejidad», donde aparecen



El vigilante de Estambul.

versos en castellano con la puntuación y neologismos característicos de su poética: «Se acerca con calma la mono- / y siempre-tonía», como dialogan Hölderlin, Lorca y Machado.

En *El arte y las naciones. Física de los estilos*, el escritor Albert Caraco señalaba que en todo país se oponen el norte y el sur, destacando las diferencias de caracteres y estilos entre Turín y Nápoles, Pekín y Cantón, o París y Marsella, por lo cual, decía, en realidad, Bilbao está al norte de Burdeos y Marsella al sur de Barcelona. En el enclave católico, sureño y carnavalero de Hausach encontró José F.A. Oliver un lugar asombrosamente emparentado a sus orígenes, y por ello gusta de hablar de «Andalemania» para designar ese lugar convocado con la música y las palabras. Con un reconocimiento notable tanto en Alemania y otros países europeos como en Latinoamérica, hora es, ahora que cumple sesenta años, de que su obra comience a ser más conocida en el que es, por sentimiento y pasaporte, su país. ■ ■